



Al cierre de esta edición, se celebraba en La Habana, del 17 al 20 de noviembre, la CXXIX Asamblea Plenaria de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba. Durante un momento de estas jornadas, monseñor Luigi Bonazzi, Nuncio apostólico en Cuba, se dirigió a los obispos cubanos con las palabras que a continuación publicamos.

**Palabras de Su Excia. Mons. Luigi Bonazzi, Nuncio Apostólico en Cuba,
a la 129ª Asamblea Plenaria de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba**

Queridos hermanos en Cristo y en el episcopado,

Me llena de alegría estar nuevamente con ustedes. A cada uno y a las Diócesis que les han sido confiadas les transmito el saludo afectuoso y la bendición del Santo Padre. Después de la Asamblea Plenaria que se celebró en el Cobre a finales del pasado mes de agosto, algunas circunstancias dolorosas y otras alegres han ofrecido a Benedicto XVI la posibilidad de hacer visible su comunión espiritual con la Iglesia que está en Cuba. La ocasión dolorosa la constituyeron las llagas dejadas por los ciclones *Gustav* y *Ike*, ante las cuales el Papa estuvo presente con un gesto concreto de proximidad. Y el momento de especial alegría es la celebración -en Camagüey, el 29 del corriente- de la Beatificación del P. Olallo, para la cual el Papa Benedicto hará llegar nuevamente su voz -esta vez, de forma anticipada-, a través del *Ángelus* de este domingo 23.

Estos dos eventos: la experiencia de los ciclones y la Beatificación del P. Olallo, que nos recuerda la llamada a la santidad, inspiran las consideraciones que fraternalmente comparto con ustedes.

I. «*¡Qué signo! (en admiración) y, a la vez, ¿qué signo? (en interrogación)*», escribió Mons. Emilio Aranguren, Obispo de Holguín, en la Carta dirigida a su Diócesis después del paso de *Ike*. Y proseguía diciendo: «*Seguro estoy que el Buen Dios, a lo largo de los años venideros, nos permitirá discernir estos signos y, junto con San Pablo, podremos balbucear con los labios aquello que ya estará enraizado en el corazón: «para las personas que aman a Dios todas las cosas concurren para el bien» (Rom. 8,28)*».

Queridos hermanos Obispos, por mi parte, tengo el gusto de confesar que, durante la larga semana de los ciclones y en las sucesivas, he admirado con conmoción la prontitud, la solicitud, los miles de iniciativas con las cuales los Pastores de las Diócesis afectadas han estado cerca de sus fieles, y cómo los Ordinarios de las Circunscripciones Eclesiásticas que no sufrieron daños les enviaron toda la ayuda que pudieron. Con profunda intuición teológico-pastoral, Mons. Wilfredo Pino, Obispo de Guantánamo-Baracoa, sintetizó todo este movimiento de solidaridad en la bella imagen de la “Procesión de la Caridad”. Lo cito: «*...como en las demás Diócesis orientales y debido al paso del ciclón, suspendimos las Procesiones programadas con la Virgen de la Caridad. Fue una pena, porque se estaban preparando con mucha dedicación y había mucho entusiasmo. En cambio, Dios nos ponía por delante la gran oportunidad de practicar la caridad, que es mucho mejor y más importante que muchas Procesiones juntas. En eso está trabajando ahora la Iglesia en Baracoa (y en toda Cuba): ¡haciendo una gran Procesión con la Virtud de la Caridad! ¡Qué extraordinario comienzo en este Trienio de Preparación para las celebraciones del 400º Aniversario de la Virgen entre nosotros!*».

Se colocó en movimiento, entonces, una singular “procesión permanente”, que no tiene necesidad de autorizaciones y que abraza toda la Isla. Una procesión amplia en el espacio y prolongada en el tiempo, no sólo porque el año del *IVº Centenario del providencial hallazgo de la Imagen de la Virgen de la Caridad* tendrá lugar en 2012, que todavía está lejos, sino también porque en el País se dieron condiciones que hacen particularmente actuales las palabras de Jesús: «*siempre tendrán pobres con ustedes*» (Jn. 12,8). En su Mensaje a los fieles, Mons. Dionisio García, Arzobispo de Santiago de Cuba, escribió: «*Sabemos con certeza que la vida de muchas familias ha sido perturbada y que alcanzar la normalidad, tanto material como psicológica y espiritual, tardará meses y años ya que, a la conocida escasez de viviendas y a la precariedad de muchas de ellas, se suman ahora estas cuantiosas pérdidas*».

Sus Cartas y Mensajes -pido disculpas si no los cito a todos-, las incansables idas y venidas de una punta a la otra de la Diócesis para “estar cerca” de los sacerdotes religiosos y religiosas y para consolar a los fieles, me han conmovido profundamente. He visto “de cerca” el “corazón compasivo” -que sufre y quiere “sufrir con”- de los Pastores de la Iglesia en Cuba, y lo he escuchado como un genuino eco de la compasión de Jesús por las muchedumbres «*cansadas y decaídas, como ovejas sin pastor*» (Mt. 9,36). Les agradezco por estos testimonios luminosos de solicitud pastoral.

Pasada la tormenta, a la pregunta «*Y ahora, ¿qué hacemos?*», que para la comunidad eclesial se convierte en: «*¿Cómo llevamos a la práctica la procesión de la caridad?*» Mons. Emilio ha respondido con la parábola del Buen Samaritano

(cfr. Lc. 10,29ss), dándole una interesante aplicación que cito: «*La parábola también nos enseña que, si ejemplar fue la actitud del samaritano, es significativa y laudable la del que estaba tirado al borde del camino. Aquel hombre caído aceptó humildemente su necesidad personal y acogió la totalidad del gesto en sus tres momentos: permitió la cercanía, dejó ser curado y vendado y, finalmente, aceptó ser levantado y atendido. Para ambos (uno al dar y el otro al recibir) aquel acontecimiento les permitió superar los prejuicios y las heridas históricas y culturales*».

Un lector muy atento y que esperaba que estas cartas de los Obispos fueran leídas por todos los cubanos me escribió diciendo: «*Me pareció muy oportuna y original la meditación sobre la Parábola del Buen Samaritano, en la cual resalta también el comportamiento de «aquel hombre caído» que acepta humildemente su necesidad personal y acoge en su totalidad el gesto humanitario, caritativo que le ofrece el samaritano, sobreponiéndose los dos a los prejuicios y a las heridas históricas que, como pueblos, los habían mantenido separados. Los pueblos de Cuba y el de Estados Unidos, están repletos de «prójimos», sólo hay que permitirles revisar y sanar sus relaciones para que emprendan luego infinidad de proyectos mutuamente beneficiosos*».

Las circunstancias actuales, impregnadas por tanto sufrimiento, parecen que nos están ayudando en el camino de la deseada y necesaria reconciliación entre las dos orillas.

En efecto, gracias a la mediación del Cardenal Jaime Ortega, Arzobispo de La Habana, Caritas-Cuba pudo ampliar su ámbito de acción y servir como “puente natural” que facilita la llegada, la recepción y la distribución de las ayudas que provienen de la cercana población de Estados Unidos. Es una posibilidad que se ha abierto y que puede ser pacientemente incrementada, tanto por Caritas-Cuba cuanto por las Caritas diocesanas: reconciliar y unir es la misión de la Iglesia (cfr. Ef. 2,14).

II. En el delicado momento presente de la vida del País, atravesado por crecientes exigencias de cambios, vistos como necesarios para garantizar el bien de cada ciudadano y de la Nación entera pero también contrastados por fuertes resistencias nacidas de egoísmos estructurales, la Iglesia Católica se prepara a celebrar, dentro de unos días, la Beatificación del Padre José Olallo Valdés. Es como si se dijera: “He aquí la contribución que la Iglesia desea dar y da al País: el valor de la santidad, la cual *«favorece, también en la sociedad terrena, un estilo de vida más humano»* (LG, n. 40)”.

La santidad, como bien lo sabemos, cuenta con rostros muy variados: basta ver la “galería de los santos” que la Iglesia expone con orgullo a la contemplación de los creyentes. En toda época, sin embargo, la santidad asume algunos “rostros particulares”, caracterizados por una originalidad que corresponde a la espiritualidad y a la cultura del tiempo. La nuestra, como se la suele denominar, es la época de la globalización. De hecho, y siempre más, forma parte de la “conciencia colectiva” que el mundo es “una aldea global”. Es necesario recordar que el Espíritu Santo ha ayudado a la Iglesia a percibir, y en cierto modo a anticipar y a sentirse en sintonía con este característico *«signo de los tiempos»*. Al inicio de los años 60, en efecto, los Padres del Concilio Vaticano II fijaron en la eclesiología de comunión *«la idea central y fundamental de los documentos del [mismo] Concilio»* (ChL, n. 19). Y a partir de ese momento la referencia a la *«koinonía»* constituye el eje de gravitación teológico-pastoral de todos los sucesivos pronunciamientos del Magisterio.

Por ello, al umbral del tercer milenio, como para ayudar a hacer descender la Teología a la vida, en aquel texto que muchos consideran su testamento espiritual, la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, el Papa Juan Pablo II pidió a la Iglesia *«promover una **espiritualidad de comunión**, haciéndola emerger como principio educativo en todos los lugares donde se plasma al hombre y al cristiano, donde se educan los Ministros del altar, los consagrados, los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades»* (NMI, n. 43). Se entiende que desde una eclesiología de comunión y desde una espiritualidad de comunión, no pueda derivarse algo distinto que una **“santidad de comunión”**.

En verdad, la Iglesia Católica en Cuba es conducida en este camino de la “santidad de comunión” por el Espíritu Santo que mueve a toda la Iglesia Católica pero también por su propia historia: se prepara para celebrar la Beatificación del P. Olallo, un santo de la caridad, los recientes ciclones la han colocado en una perenne “procesión de caridad”, y vive el *Triduo de Preparación del IV° Centenario* bajo el lema *«La Caridad nos une»*. El Espíritu Santo empuja suavemente a esta Iglesia a vivir la plenitud de la vida cristiana como “santidad de comunión”, cuya “nota” dominante consiste en el primado asignado al amor que genera la unidad, al amor que “nos une”.

A la luz de esta concisa premisa, quisiera concluir haciendo una breve referencia, primero al “modelo” de comunión, y luego a algunas características de la “santidad de comunión” que nos interpelan en particular como Pastores.

a) Modelo de comunión

La comunión eclesial es el *«reflejo en el tiempo de la eterna e inefable comunión de amor de Dios Uno y Trino»* (ChL, n. 31). El Cielo, bajando sobre la tierra, ha puesto su morada en la Iglesia y por ello ésta -según la expresión de Orígenes- está *«llena de Trinidad»*. La Iglesia es ícono vivo de la unidad que une al Padre y al Hijo en el Espíritu Santo. Consecuentemente, Juan Pablo II afirmó que por espiritualidad de comunión se entiende *«ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado»* (NMI, n. 43).

Dios Trino es fuente y modelo de comunión. Veamos, entonces, aunque más no sea de modo muy sintético, qué nos dice el Misterio de la Trinidad sobre la comunión.

Dios es Amor, afirma el Apóstol San Juan (1Jn. 4,8). Un Amor que, no obstante sea uno en la “sustancia”, se expresa en tres Personas distintas (“hipóstasis subsistentes”), cada una de las Cuales se caracteriza por la “modalidad” específica con la que ama; es decir, por la peculiar “identidad” a través de la cual se relaciona con las Demás.

El Padre es el “*Amor que genera*”: ya que se dona primero y totalmente. No reserva nada para sí mismo sino que Él se “entrega” de lleno al Hijo. A partir de la reflexión de la figura del padre aprendemos que el amor es, primordialmente, “donarse”. En esta perspectiva resulta evidente que no existe amor verdadero allí donde hay un “dar” sin “darse”.

El Hijo es el “*Amor generado*”: ha recibido todo del Padre pero todo lo entrega al Padre con infinita y perfecta abnegación: nada retiene para sí mismo del Ser que Le ha sido dado. Contemplando la Persona del Hijo logramos vislumbrar otra característica del amor; ciertamente diversa, pero no por ello menor respecto a la “modalidad” paterna. Amar no es solamente “darse” sino también -y con igual entereza- acoger y volver a dar. Quien ama, por lo tanto, sabe recibir y corresponder con gozosa gratitud.

A partir de este mutuo donarse y acogerse del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo que es el “amor comunión”. Él es el “Nosotros” trinitario subsistente. La meditación sobre el Espíritu -más exigente que las precedentes porque es propio del Espíritu dejar ver sin hacerse ver- nos enseña que el Amor es perfecto cuando la reciprocidad suscita la unidad. Sin este “Tercero necesario” la relación “entre dos” quedaría incompleta. El amor llega a su plenitud, entonces, cuando florece en el perfecto compartir de pensamientos, de sentimientos, de opciones. Esta unidad -es necesario subrayarlo siempre- no disminuye la diversidad sino al contrario la valoriza: en el “Nosotros” bien entendido, la originalidad del “yo” y del “tú” no se ve afectada, mas bien, reconocida y perfeccionada.

b) Algunas características de la “santidad de comunión”

«*Toda identidad cristiana tiene su fuente en la Santísima Trinidad, que se revela y autocomunica a los hombres en Cristo*» (PdV, n. 12); por ello, resulta evidente que la “santidad de comunión” está orientada a vivir y a construir relaciones trinitarias. Esta conciencia abre un «*multiforme y rico conjunto de relaciones que brotan de la Santísima Trinidad y se prolongan en la comunión de la Iglesia*» (PdV, n. 12).

Quisiera, a continuación, delinear algunas características de la “santidad de comunión”, relevantes para nuestro ministerio de Pastores:

- **Caridad “trinitaria”**. La caridad -como lo sabemos- es un amor que trasciende las dimensiones humanas, tiene su origen en lo Alto: brota del corazón mismo de la Trinidad (cfr. Rm. 5,5). Puesto que hemos sido hechos partícipes de la naturaleza divina (cfr. 2P. 1,4), la caridad nos hace capaces de amar como Dios se ama y nos ama; por lo tanto, nos hace capaces de amar a Dios *en Dios*, a Dios *en nosotros* y *en los demás*; y a nosotros y a los demás *en Dios*.

Expresando el mismo dinamismo de la comunión trinitaria, la caridad posee una «*prodigiosa fuerza de cohesión interna y al mismo tiempo de expansión externa*» (ChL, n. 32). Por consiguiente, también las relaciones humano-divinas, que la caridad suscita entre nosotros, están ritmadas por los dos típicos movimientos trinitarios: el que se dirige hacia “el interior” (que tiende a construir la unidad “dentro” de la comunidad) y el que se proyecta hacia el “exterior” (encaminado a comunicar la unidad “fuera”). Es decir que, mientras más crece la caridad “en” la comunidad más se irradia “desde” la comunidad, volviéndose luz que evangeliza, energía que empuja a la concordia, y potencia misteriosa que vence el mal y construye el Reino de Dios en la historia.

Dos preguntas, para nosotros Pastores, podrían ser: ¿cómo estamos promoviendo la caridad *ad intra* en nuestras Diócesis; por ejemplo, en el Presbiterio? y ¿cómo estamos ayudando a nuestros fieles y a la comunidad cristiana a amar a quien está de la otra parte (caridad *ad extra*)?

- **Caridad orientada a la reciprocidad**. La “santidad de comunión” no se contenta con amar, busca también volverse “amable”, con el fin de suscitar la reciprocidad necesaria para encender la unidad. Precisamente porque tiende a generar la comunión -según la oración sacerdotal de Jesús (cfr. Jn. 17, 20-21)- la caridad se hace humilde, paciente, perseverante, benévola, prudente; no se detiene frente al fracaso y no decide la retirada. Espera más allá de toda esperanza (cfr. Rm. 4,18); y sabiendo que el mal se vence con el bien (cfr. Rm. 12,21), a la falta de amor opone un amor más grande, segura -en el Espíritu- que nada es imposible para quien cree (cfr. Lc. 1,37). La caridad conoce el arte de hacerse todo a todos (cfr. 1Cor. 9,22-23) y de servir a cada prójimo con el estilo del Señor (cfr. Jn. 13,12-17).

¿Qué estamos haciendo para suscitar una mayor reciprocidad con las Autoridades del país o de las provincias con las que tenemos una mayor relación de trabajo?

- **Caridad capaz de “proximidad participativa”**. Cultivando los mismos sentimientos de Jesús (cfr. *Fil. 2,5*), los santos “todos unidos” intrépidamente se consumen por la causa de la justicia, que es dar a Dios lo que es de Dios y al hombre lo que es del hombre. Y porque todo hombre lleva consigo el sello de Dios (cfr. *Gen. 1,27*), los santos “todos unidos” deciden subsanar activamente las estructuras que impiden al hombre ser él mismo; es decir, ser “imagen de Dios” en la libertad y en la justicia. Viven con la Iglesia la opción preferencial por los pobres.

Se nos cuestiona, como Pastores, sobre nuestro ministerio en favor del necesario compromiso que hemos de tener con la justicia (cfr. *Deus caritas est*, nn. 26-29).

- **Caridad “pascual”, capacidad de “kénosis”**. Para volvernos hombres de comunión es necesario enfrentar, con la ayuda de Dios, la empresa ardua y estupenda de un radical “éxodo de sí mismo”. San Gregorio Magno observa que: *«tal vez, no es fatigoso para el hombre entregar las cosas que le pertenecen, pero le es muy fatigoso entregarse él mismo. De hecho, no es mucho renunciar a lo que se tiene, pero es verdaderamente mucho renunciar a sí mismo»*.

El “*itinerarium crucis*” es el único camino que introduce a la comunión con Dios, con los demás y consigo. No existen atajos o recorridos alternativos: se procede por el terreno de la unidad tanto cuanto se renuncia a uno mismo y se lleva, cada día, la propia cruz siguiendo al Señor (cfr. *Lc. 8,23*).

La colegialidad episcopal es un fruto maduro de la “caridad pascual”. Estos días de Asamblea Plenaria son, por esta razón, un momento privilegiado para vivir juntos la “santidad de comunión”. Así sea!

Se autorizada la reproducción parcial o total de las informaciones publicadas en esta revista, citando la fuente.

Servicio de Noticias - Revista Palabra Nueva. © 2008